

Emperador, que trajo consigo muy gran caballería, é traía doce señas ante él, ferosas é muy ricas á gran maravilla; é venian con él los mas honrados hombres que él habia, salvo aquellos que él pusiera por caballos en las tres haces que ya oistes; é la otra caballería que él traía consigo venian tan bien guisados de espadas é de yelmos, é de sobreseñales é de coberturas, é de todas armas que les convenia, ca (1) toda la tierra relumbraban; é cuando fueron cerca de los de Sajoña, é vió el Emperador maltraer á los suyos, mandó tañer treinta trompetas de plata que traía ante él, é mandó á todos los de su compañía que moviesen é los fuesen ferir. Entonces arremetieron todos á los de Sajoña muy bravamente; é ellos, cuando vieron aquel tan gran poder que venia sobre ellos, el mas ardit quisiera ser en cabo del mundo, é volvieron las espaldas é dejaron el campo. Allí fué preso el duque Moran de Sajoña, é los otros comenzaron de foir é esparcirse cada uno há ia do mejor cuidaba de guarescer. E en tal manera iban fuyendo, que si alguno dellos buen caballo é ligero tenía, por eso no queria olvidar las espuelas. E el duque de Lorena é el duque de Lembrot iban alcanzándolos é feriendo é matando en ellos cuanto podian; é de la otra parte el caballero del Cisne é el conde de Grea iban haciendo en ellos gran mortandad á maravilla; é tantos ahí murieron, que ningun hombre no los podria contar: así que, todos los campos é los valles yacian cobiertos de muertos de todas partes; de guisa que de los siete duques é condes que ahí venieron no escapó ninguno que muertos ó presos no fuesen todos. E el conde Graner que escapara de la batalla de Caulenza fué allí muerto, é el duque Moran de Sajoña, fijo del duque Rainer, fué preso; é duró el alcance desde mediadía fasta hora de completas, é durara mas, sino por la noche, que gelo impidió; pero escaparon ende muy pocos, é estos algunos de los que se hubieron á coger á las montañas ó se asconder por los risquillos é por los lugares enconados, que todos los otros fueron muertos é destruidos; ca ya tan pocos eran cuando se tornaron, que no fallaban en quien matar. E entonce tornóse el Emperador honrado é bien andante, é todas sus compañías con él. E vino á él el caballero del Cisne, é humillósele. E el Emperador, cuando lo vió venir, fué á él é honrólo mucho é acogiólo muy bien, é fueron hablando amos apartadamente de muchas cosas de sus haciendas que se preguntaban uno á otro, de muchas razones que hobieron; así que, cuando llegaron á las tiendas de los de Sajoña era ya noche oscura; é fallaron ahí tan gran haber, que fué una gran maravilla de todas las cosas del mundo que de riqueza pudiesen ser, é de vianda tanta, que se facia gran afan de la meter á la villa, despues de lo que robaron por el campo, de caballos é de armas, é de ganados é de carretas é de otras bestias, no es hombre que lo pudiese contar cuán grande muchedumbre era; é otrosí de tiendas muy grandes é muy ricas é muy ferosas muchas é muy bien labradas, é de tendejones é de otros paños ferosos é de muy gran precio tanto era, que sería dura cosa de creer. E reposó allí esa noche el Emperador en la tienda del duque de Sajoña, que tenía él preso, é el caballero del Cisne ahí con él,

(1) Ca está aquí por que.

é los otros todos por las otras, que habia ahí asaz por do caber. Otro día en la mañana mandó el Emperador ayuntar todo aquello que ahí ganaran, que era tanto, que hombre del mundo no le podria dar cuenta, é lo otro diólo á los otros que ahí eran; así que, cada uno dellos se tovo por muy bien pagado; é muchos venieron pobres é fueron ricos para siempre. E cuando esto hobo fecho mandó á las gentes que se fuesen para sus tierras, salvo aquellos honrados hombres que se quiso tener consigo; é él holgó allí dos dias con el caballero del Cisne, vicioso é muy á placer, do fué muy servido de cuantas cosas é buenos servicios le pudieron ser fechos. E fué un dia huésped del caballero del Cisne en Bullon, é otro día fueron el caballero del Cisne é su mujer huéspedes dél, é fizo mucha honra á la duquesa Beatriz, é dióle de sus joyas muchas é muy ricas de las que ganara en la batalla, sin todo lo que había partido; é levó preso al duque Moran de Sajoña, de que fizo despues muy grande justicia é muy cruda, por venganza de Galieno, su sobrino, que muriera en la batalla de Caulenza.

#### CAPITULO CXXVI.

Cómo la duquesa Beatriz preguntó al caballero del Cisne por su nombre, é de cuál tierra era.

Palabra fué de los sábios, é es razon verdadera, que mas grave es al hombre de sufrir la buena andanza que la mala; ca maguer la buena andanza es buena en sí, pocos hombres la saben sufrir, porque la fortuna adversa base á sufrir queriendo ó no, é por eso la saben sufrir tan bien los buenos como los malos; é por ende fueron preciados los que la buena andanza supieron sufrir é mantener. Mas no hobo tal ventura la mujer del caballero del Cisne, ca allí do era ella era una de las mas viciosas dueñas del imperio de toda Alemania, de todas las cosas que por honra é vicio de sí habla menester, tan bien de riquezas como de placeres é de todo lo que ella quería; é demás, que era casada con uno de los mejores caballeros del mundo, por mañas é por costumbres, é que mas era amigo de Dios, ni que mas lo amaba ni que mas honra le facia. E habia él de la Duquesa, su mujer, á su fija Ida, que era de edad de seis años é entraba en los siete, é era una de las mas ferosas criaturas que podia ser, en la cual ellos tenían toda su esperanza é felicidad, é en criarla muy viciosamente, con que mayor sabor é mayor gasajado tomaban que con cosa del mundo; é nunca hablaba palabras sucias, como otros niños dicen, ante decia cosas de que los hombres habian gran placer é tomaban gran sabor é tenían por bien; é sin todo aquesto, era tan grande é tan bien fecho de la edad que había, que no lo sería otra que hobiese dos tantos años, é era tan ferosa de facion é de color, que á gran maravilla lo tenían los que la veían; ca nuestro Señor la ficiera á tal por el buen linaje que sabia que había á descender de ella é para que los sus fijos bienaventurados, Gudufre é Baldoín é Eustacio, conquieresen la tierra santa de Ultramar é la santa cibdad de Hierusalem é Antioica, é toda la tierra que cobraron de los moros, así como adelante oirédes contar en la hestoria; é por ende quería Dios que la amasen todos cuantos la viesén, é mas el padre, é muy mas la

madre que se debiera tener por bienaventurada mujer, señaladamente en esto, sin todo lo otro que vos ya dijimos. Mas esta fizo así como Eva, que la metió Dios en paraíso, é no supo guardar el bien que le ficiera, é perdiólo todo por que fizo lo que le vedara, cuando comió la manzana; así acaesció á la duquesa de Bullon, que, seyendo tan bien andante en todas las cosas que dueña lo podria ser en el mundo, como vos dicho habemos, preguntó á su marido aquello que le él defendiera, por que lo hobo á perder. E seyendo dueña entendida é de buen seso, é guardada de todo hieppo, no sopo sufrir la buena andanza que Dios le diera; é hobo por fuerza á sufrir la mala en toda su vida, como agora oirédes. Una noche acaesció así: que yaciendo ella en su cama con su marido, el caballero del Cisne, comenzó á pensar en su corazon de cuánto bien le ficiera Dios en darle tan buen marido de todos bienes, en seso é en armas é en apostura, é en toda otra bondad que en caballero ni en alto hombre pudiese haber; é demás, en cuanto bien le veniera dél en haber muerto al duque Rainer de Sajoña, que era tan fuerte é tan bravo, é tan poderoso é tan buen caballero de armas, que en ninguna tierra habia otro mejor, porque la tenía desheredada; é de cómo le ficiera cobrar todo lo suyo, é de cómo amparara su tierra é destruyera el poder de Sajoña; é sin todo aquesto, que la amaba mas que á sí ni que á otra cosa del mundo. E todas estas cosas entendia muy bien la Duquesa que eran así; mas tan grande era el deseo que tenía de saber dónde era aquel su marido, por que tanto bien le veniera, ó cómo habia nombre, que todo esto que dijimos olvidaba; así que, la palabra que le él dijiera la primera noche que la hobiera por mujer en la tienda del Emperador, cuando le defendiera que no le preguntase por su nombre ni dónde era, no pensó que aquella prohibicion fuera sino como en manera de meterle miedo, porque le fuese mas obediente siempre en todo lo que le mandase; é porque cuidaba que aquello no gelo defendiera sinon porque era casada ella nuevamente, é que sería ya olvidado; é aunque gelo preguntase, que tan grande era el amor que habian en uno é el bien que se querian, é tan ledo estaba de la gran bienandanza que le acaesciera, que lo no ternia por mal; pero de otra parte habia miedo que le pesaria. E en este cuidado estovo toda la noche, que nunca dormió ni asosegó, tornándose de un cabo al otro; é cada vez que se tornaba contra él veniele al corazon de gelo decir, é desi arrepentiese é non se atrevia, é tornábase de la otra parte. Así que, pasó toda aquella noche; é cuando vino la mañana adormescióse ella, é el caballero del Cisne levantóse, é fué á oír la misa é las horas, así como lo habia acostumbrado; é despues tornóse á su palacio, é su fija Ida salió contra él, é él, cuando la vió, fué muy alegre con ella, é tomóla en los brazos é comenzóla á abrazar é á besar; é luego vino la Duquesa, su mujer, que habia todo el seso trocado por preguntarle lo que él le defendiera; é él, otrosí, recibióla muy bien é tomóla por la mano, é entraron en un palacio, é asentáronse á comer con muy gran alegría; mas, como quier que él comiese ó fuese ledo, ella no facia así; ante pensaba siempre en

aquello que le quería preguntar, é no podia ende partir el corazon por ninguna manera. El caballero del Cisne, que no sabia de aquello nada, cuidando que no era sana ó que habia alguno otro pesar, porque estaba mustia así, rogóle que comiese é se alegrase, é dejase aquel pensamiento en que estaba; ca, loado á Dios, no habia ya razon por que ningun gran pesar debiese haber; mas ella, por cosa que le dijese, non lo quería ni lo podia facer ni se partir dende, é así pasaron toda aquella comida; é despues que hobieron comido, fuéronse todos los caballeros, unos á jugar tablas, otros á jugar ajedrez, é los otros á esgrimir, é los otros á bofordar é á facer estas cosas de manera de juegos é de alegrías á que eran usados, é de cada uno se trebejaban é tomaban placer. El caballero del Cisne quedó en su palacio con su mujer é con su fija Ida, trebejando é habiendo muy gran placer á sabor de sí, é así estuvieron fasta cerca de la noche. E aquel día se habian cumplido siete años que él matara al duque Rainer de Sajoña, por el término del tiempo, mas no por el de la fiesta, ca no era entonce la cincuesma, en la cual fiesta la lid suya é del duque Rainer fué; é ese día se complieron, otrosí, siete años que casara con ella é le ficiera cobrar su tierra, de que era forzada. E cuando fué á la noche, que hobieron cenado, fuéronse todos á sus posadas, é ellos echáronse; é el caballero del Cisne adormescióse luego, mas ella non podía dormir, é puso en su corazon que mas quería morir que estar sin saber aquello; é en esto tornóse á su marido é abrazóle muy de récio, é comenzólo á halagar. E él despertó entonce, é tornóse á ella, é comenzóla, otrosí, á abrazar, é preguntóle qué habia; é ella díjole que todo el bien del mundo que dueña podia haber habia ella; que no le menguaba sino una cosa, é esto era porque no sabia cómo él habia nombre ni de cuál tierra era natural; é que le rogaba por Dios é por Santa María, é por el grande amor que le mostraba é por los muchos bienes que en él habia, que gelo dijese; ca si ella esto pudiese saber, tenía que nunca mujer del mundo tan bienandante fuera como ella, ni de tan buena ventura.

#### CAPITULO CXXVII.

De la respuesta que le dió el caballero del Cisne, é cómo mandó ensillar su caballo, é tomó su espada, la que trajera, é el fierro de la lanza, é dijo que se quería ir.

Cuando el caballero del Cisne oyó aquella pregunta que su mujer le hobo fecho, hobo tan gran pesar, que perdió toda la color; así que, de muy blanco que era, toda la cara se le tornó negra, é dijo así, con gran saña é mal talante que habia: «Dueña, agora fallece vuestra amistad para siempre é viene vuestro apartamiento; é de manera me partiré de vos, que no fincaria aquí mas por todas las cosas que son en el mundo, ni me verédes jamás de los ojos.» E ella, cuando esto oyó, pesóse mucho; mas todavía tovo que lo decia como en escarnio é por meterle miedo; mas por todo eso non dejó ella de gelo preguntar ahí despues tres veces. Mas él nunca le quiso responder á ello, ante le fabló en otras cosas, é fueron así hablando fasta cerca del día. E cuando pareció el alba, el caballero del Cisne se levantó muy

triste é muy cuitado é muy ennegrecido; así que, todo hombre que lo viese podría conocer en él que estaba bien quitado de placer, é que la carne no sentiría mas de se partir el alma della, que él cuando se hobo á partir de su hija é de su mujer; é vistióse é calzóse, é fué á oír la misa; é cuando la hobo oída, non quiso mas tardar, ante fizo luego ensillar su caballo, é mandó que le trujesen el escudo é la lanza é el espada que él trajiera consigo cuando veniera en el batel á la cibdad de Nimeya: E cuando esto vieron sus caballeros é su compañía, preguntáronle que dó quería ir ó qué pensaba hacer, porque así demandaba aquellas armas señaladamente. E él díjoles que se quería ir, é que los encomendaba á Dios, ca non podía estar que no fuese, pues cumplido habia lo que prometiera; demás que sabia que el cisne venia ya con el batel que le habia de levar de aquella tierra, porque si mas ahí quisiese estar, no podría ser que no moriese.

## CAPÍTULO CXXVIII.

Cómo la duquesa Beatriz facia muy gran duelo porque su marido se quería ir, é cómo le pedía por merced que no se fuese.

Quando los sus vasallos esto oyeron, fueron muy tristes; así que, ningunos hombres no lo podrían mas ser, é comenzaron á hacer muy gran duelo. Mas cuando la Duquesa entendió que su marido en todo caso se quería ir, é la quería dejar, non hay quien os supiese decir el duelo é la cuita que ella fizo, é echósele á los pies, é rogóle é pidióle merced por Dios que se non fuese, ni quisiese así desamparar á ella ni á su hija, ca si no lo ficiese, que ella moriría, é la hija fincaría huérfana de padre é de madre, de que faria él gran pecado é mostraria gran cruzeza; é que así como nuestro Señor perdonara á santa María Madalena muchos yerros que ficiera, que él que perdonase á ella aquel pecado solo que habia fecho, no cuidando que tanto le pesaria. Mas á cosa que ella dijese solamente, non quiso el Duque palabra responder, antes estaba enmudescido como hombre fuera de seso, con la saña é gran pesar que habia. En esto vino Ida, su hija, la mas fermosa niña ni mas apuesta de los sus dias que habia en todo el mundo, é tomola en los brazos, é besóle los ojos é la boca, é llorando díjole así: «Ay, hija mía, por vos tengo el corazon quebrantado, ca hoy perderé el amigo que vos mas de corazon ama. Así que, mientras viva seades, nunca lo mas veréis ni habréis del buen conhorto ni buena ayuda. E esto fizo vuestra madre por su poco seso, que non supo sufrir el bien que tenía é Dios le habia dado; é acaescióle así como á Eva, que comió el fruto del árbol que nuestro Señor le vedara, habiendo ahí otros muchos é mas fermosos é mas sanos; é aun no le abastó esto, é fizo que Adán comiese dello, porque por la su culpa della hobiesen amos á dos laceria. Bien así acaesció á vuestra madre; ca allí do ella habia muchas razones é buenas que fablase conmigo, é que le estarían bien, é de que le yo sería muy pagado, todas aquellas dejó, é fuéme á preguntar lo que á mí pesaba, é lo que le yo habia defendido mucho. E como quier que yo baya pesar por el escarnio que á mí fizo, mas me pesa porque la su culpa se vos tornará á vos en daño;

é por ende, conviene que me vaya de aquí léjos á aquella tierra donde yo só; así que, tan solamente el día de mañana no atenderé aquí por cosa que fuese en el mundo.» Cuando esto oyeron los que estaban en el palacio, caballeros, é dueñas, é doncellas, é escuderos, é burgeses, é ruanos, é todas las gentes que ahí estaban, así pequeñas como grandes, comenzaron á hacer tamaño llanto, que ningun hombre no lo podría contar; en tal manera, que muchos hombres ancianos que se ahí acercaron tenían que fuera este dolor y llanto mayor que el que fuera fecho en Blaya por la esposa de Olivero, que era sobrino del emperador Cárlos, uno de los doce pares, cuando ella se dejó morir con pesar dél, cuando oyó decir que era muerto. E el duelo que facian era tan grande, que lo oían mucho á lueña de la villa; ca los unos mesaban los cabellos, é los otros rompían las faces, los otros se amortecían de pesar, é los otros quebrantaban sus cabezas á las paredes. Mas, sobre todos, lo que la Duquesa, su mujer, facia, no ha hombre que lo pudiese contar; ca esta habia tamaño pesar, que andaba como rabiosa mujer fuera de seso, é iba á hacer con todos duelo, é venia á su hija Ida é tomábala en los brazos, é decíale así: «Ay, hija amiga, desde hoy mas fincarédes huérfana de padre é de madre, ca vuestro padre se irá agora, é nunca jamás lo verédes, é vuestra madre dejará el mundo por amor dél, é irse ha meter en tal lugar, do morirá ahína, é nunca veré otro pesar, si este no.»

## CAPÍTULO CXXIX.

Cómo la duquesa Beatriz trajo en los brazos á su hija Ida, é dijo al caballero del Cisne que, pues que él se iba, que á quien dejaba encomendada su hija, é de cómo dijo que al Emperador.

Después que esto hobo dicho la Duquesa, tomó á su hija en los brazos, é echóla á los pies del Duque, su padre, é ella mesma fué por gelos besar, é díjole así: «Señor, habed merced de mí é de vuestra hija, é non seades tan cruel; ca si nos así dejais, esta tierra irá en perdicion, é los de Sajonia la destruirán toda después que supieren que non hay quien la defiendan.—Par Dios, dueña, dijo el Duque, bien sabeis vos que la primera noche que vos yo hobe por mujer, vos defendí sobre todas las cosas del mundo que non me demandádes por mi nombre ni dónde era; mas vos non quisistes en esto hacer mi mandado, é por eso me conviene ir, ca he poco plazo de mi ida; ca el cisne que me trajo en el batel me llama ya; é desde hoy mas non estaré mas aquí porque me ficiesen señor de la mayor tierra del mundo.» Cuando esto oyó la Duquesa perdió toda la colore, fallestióle el corazon é cayó amortecida en tierra. E Ida, su hija, que lo oyó, otrosí, comenzó á llorar muy fieramente por ella, é abrazarla, é llamarse mesquina é cativa, é que en fuerte punto fuera nascida; así que, tales palabras decia, que todos cuantos lo oían no lo podían sufrir los corazones que non hobiesen á llorar. Mas cuando la Duquesa fué acordada de aquel amortescimiento, é vió el gran duelo facer por el palacio en Bullon á todos comunmente, é vió á su marido de la otra parte, que estaba así como leon fiero é bravo, que por ninguna cosa que viese ni oyese non se le ablandecia el corazon ni quería haber piedad, tomó

## CAPÍTULO CXXXI.

Cómo el caballero del Cisne se fué para Nimeya al Emperador, é del gran sentimiento que facian sus vasallos por él.

Quando el caballero del Cisne hobo dado el cuerno de marfil á su mujer en la guisa que oistes, despidióse della é de su hija Ida, que facian muy grande duelo por él, é de sus vasallos é de todos los otros que allí estaban, é cabalgó en su caballo, é fizo levar sus armas consigo á un escudero, é despidióse muy amorosamente de los de la villa é del castillo, é encomendólos á Dios. Mas ellos, cuando vieron que se iba, é supieron en cuál manera era la ida, comenzaron á dar tan grandes voces é á hacer tamaño llanto, que apenas podría hombre oír trueno si le ficiese. E la Duquesa, su mujer, non se quiso dél partir, ante cabalgó luego é comenzó á ir en pós dél, é levó su hija consigo; é otrosí, los mas de los caballeros que ahí estonce con él estaban, fueron con él todos por ver lo que faria, ca non pensaban que tan de verdad fuese aquella ida como él mostraba; é tanto andovo el caballero del Cisne con su compañía, fasta que llegó á la cibdad de Nimeya, do era el Emperador, que non sabia nada de su venida. E cuando le dijieron que venia, pero non sabiendo en cuál razon, plúgole mucho, é salió luego contra él, é fallólo do era ya llegado, é habia descendido á la puerta del palacio. E él, cuando lo vió, recibiólo muy bien é abrazólo, faciendo con él muy grande alegría. E tomólo por la mano é asentólo cabe de sí; é después llegó á la Duquesa é rescibióla, otrosí, muy bien el Emperador, é fizola asentar cabe su marido; pero hobo gran pesar de que la víó tan descolorada é venir muy cuitadamente.

## CAPÍTULO CXXX.

Cómo el caballero del Cisne dejó á su mujer en su cuerno de marfil.

Sobre estas razones todas, que la duquesa Beatriz hobo con su marido, el caballero del Cisne, después que vió que, por palabras de piedad que le dijese, ni por pedimientos de merced que le hobiese fecho, non le valia nada, ni le podía sacar otra palabra de otorgamiento de lo que ella quería, díjole así: «Señor, pues me Dios á mí quiso dar aventura acabada sobre cuantas dueñas casadas fueron, en haber marido tan cumplido de todas las bondades en sí, sobre cuantos otros que en el mundo espada pudieron ceñir, é me quiso Dios extremar á ser mas desaventurada que todas en lo perder por tan gran desventura, pidovos por merced que, pues la mi dicha quiso Dios que fuese que tan desaventurada ficiese, é de todos los bienes del mundo é de todos los placeres que en él son, que me dejédes alguna señal de las vuestras, ó el escudo, ó la lanza, ó la espada, ó el vuestro cuerno de marfil, con que tome algun poco de conhorto en los muy grandes pesares en que sé que ha de ser toda la mi vida, aquella poca que fuere, cuando á vos non viere.» E el Duque respondió entonce que sus armas él se las habia menester, é que las non partiría de sí por guisa del mundo; é demás, que á ella non dejaría é ninguna cosa de las suyas, ca non lo merecía, ni habia usado con él de manera que lo debiese hacer, ca si ella de buena ventura fuera, é lo supiera guardar, á él é á todas las sus cosas hobiera ella para siempre; mas, pues que lo ella lo quiso perder, sin todo fincaría. Mas que tanto quería hacer, que dejaba á su hija Ida el su cuerno de marfil, en que habia tres cercos de oro con muchas piedras preciosas é de gran virtud; é que rogaba á ella é á todos sus vasallos que en derredor dél estaban, que gelo guardasen muy bien é muy limpiamente, é que se fallaria de hacerlo así muy bien, é si no, que muy gran daño les vernía. E ella é ellos le respondieron muy tristemente que lo farían en cuanto ellos pudiesen. E la Duquesa recibió el cuerno, mas á poco tiempo se le olvidó, porque acaesció allí muy gran maravilla, así como adelante oirédes.

## CAPÍTULO CXXXII.

De la razon que dijo el caballero del Cisne al Emperador é á toda su corte.

Quando todos fueron asentados, el caballero del Cisne se levantó en pié, é habló tan alto, que todos cuantos ahí estaban lo oyeron, é dijo así al Emperador: «Señor, vos sabédes muy bien que yo non quise casar con esta dueña sino porque me ficiese pleito que cada vez que yo quisiese tornarme cuando el cisne veniese por mí con su batel, que me non detoviédes. Agora pidovos por merced, é ruégovos ante toda vuestra corte, que me mantengais mi pleito é promesa, ca yo irme quiero, é non podría mas aquí estar.» E el Emperador le otorgó que así era como él decia; mas que de la su ida non le parecia cosa razonable, lo uno por los grandes servicios que le habia fecho, que non habia aun galardonado así como él quisiera, lo otro porque fincaría su mujer desamparada é su hija, seyendo de tan pequeña edad como era, é toda su tierra otrosí, de manera que si los de Sajonia lo supiesen, que gela podrían destruir ahína toda, é que non habria quien gela pudiese defender. El caballero del Cisne dijo que la tierra, é la mujer, é la hija, é los vasallos, é cuanto ellos en el mundo habian, todo lo dejaba en la su merced é en la su encomienda, é él pugnase en lo defender como cosa suya; ca en ninguna manera non podría él fincar. En cuanto ellos en esto estaban contendiendo, el Emperador, poniendo muchas

buenas razones por le estorbar la ida, si pudiese, é él diciéndole que no podría ser, llegara ya so las finiestras del palacio el cisne, é dió una gran voz; así que, cuantos ahí estaban lo oyeron, é fueron todos corriendo á las ventanas, é vieron el cisne, que ya era venido en su batel, é estaba esperando al caballero, é dígovos que habia ahí muchos á quien pesó muy de corazón, porque entendieron que no podía ser que non se fuese. E el Emperador mesmo se paró á las ventanas, é vió el cisne, que estaba con el batel, é tenia un collar de oro á la garganta, con una cadena de plata, é era tan hermosa cosa de ver, que era maravilla; é todos cuantos lo veían fablaban dél mucho é teníanlo á muy gran cosa. Mas al Emperador pesaba mucho, porque veía señal de perder tan buen caballero é tan buen vasallo como el caballero del Cisne era, lo que quisiera ante perder una gran pieza de su tierra; pero no pudo estar que no llamase al caballero del Cisne, é fizole señal con una vara de oro que tenia en la mano; é cuando llegó cerca dél, mostróle el cisne, que estaba coleando mucho contra las ventanas, é andaba andando de un cabo al otro por el rio, con su batel tras sí, dando por señas á entender que habia gana de se ir. E cuando el duque de Bullon lo vió, hobo muy gran placer. Mas el Emperador lo llegó á sí, é echóle el brazo sobre'l hombro, é preguntóle si podría él hacer alguna cosa porque se non fuese. E él dijole que si le diese la mejor cibdad que en su imperio habia, que no estaria allí aquel dia solo acabado; mas que le pedia merced que le dejase ir, ca bien veía como su Señor enviaba por él, que habia menester su servicio, é que de allí adelante no estaria mas allí por ninguna manera del mundo.

## CAPITULO CXXXIII.

Del gran pesar que habia el Emperador é su mujer, é todos los de la corte, porque se iba el caballero del Cisne.

Quando el Emperador esto oyó, que el caballero del Cisne esto dijo, comenzó á llorar muy de rēcio, é otrosí fizó la Emperatriz, su mujer, que estaba ahí, é todos los otros que estaban en el palacio; así que, nunca mayor sentimiento fué fecho por un hombre en un dia, que allí ficieron por él. Mas su mujer, la duquesa Beatriz facia tan gran duelo, que todo lo otro era nada con lo suyo; ca bien cuidara ella aun fasta allí que le determinia á su marido, é que no le dejaria ir despues que á él llegase. Mas agora, que ella ya veía que él no queria fincar por ninguna cosa que el Emperador le prometiese ni le quisiese hacer, facia un duelo tan grande é tan maravilloso, que todos aquellos que lo veían se espantaban mucho; ca ella mesaba todos sus cabellos, que eran mas resplandecientes que filos de oro, muy sin piedad, é desfacia su rostro tan crudamente, que la sangre corría en filo fasta en los piés, é amortesciase mucho á menudo, é cuando acordaba, decia unas palabras como sándia é mujer que estaba fuera de seso. E despues que este duelo hobo hecho así una gran pieza, tomó su hija Ida por la mano é levóla ante el Emperador, é fincó los hinojos, é dijole así: «Señor, ¿qué cuidais que faga, ó qué será de mí si mi marido pierdo, ca jamás en este mundo nunca habré bien? E ¿qué será desta su hija, que

queda tan pequeña é tan sin consejo cómo vos védes? Señor, faced que finque mi marido.» Quando el Emperador la vió tan cuitada estar, é oyó aquellas palabras tan dolorosas que la duquesa de Bullon decia, tomóle una piedad tan grande, que comenzó de llorar muy fuerte, é respúsole así, llorando muy rēciamente: «Duquesa de Bullon, bien lo sabe Dios que casi pesa á mí tanto como á vos; é yo vos digo que no hay cosa que no ficiese é que le diese porque no se fuese; así que, le daria luego aquí dos ciudades de las mejores de todo mi imperio, con sus castillos é con sus términos, é con todo el su señorío complidamente, é que las haya por heredad para siempre jamás él é los que de él venieren. E aun si mas quiere, mas le daré, é esto rescibalo luego, é fagan ende cual firmeza é cualesquier privilegios que quisiere, é yo lo otorgaré aquí ante toda mi corte.» Quando esto oyó el caballero del Cisne, que estaba delante, dijo al Emperador que le tenia en gran merced lo que le prometió; mas por darle su tierra toda non estaria un dia solo; é de cuanto ya tardara tenia que pesaría á su Señor, que le hoberia enviado. Quando esto oyó el Emperador hobo muy gran pesar, é la Duquesa comenzó á hacer nuevo llanto; de manera que todos los que allí estaban, duques, é condes, é caballeros, é escuderos, é dueñas, é doncellas, é burgeses, é clérigos, é hombres de órden, lo hoberon á hacer todos comunmente. E el Emperador é su mujer, la Imperatriz, lloraban muy de corazón é habian muy gran pesar. E la duquesa Catalina, su suegra del caballero del Cisne, que estaba en su monja, veniera, otrosí, con gran multitud de dueñas de órden de muy alta guisa, que vinieron con ella, é se trabajaban asaz por ruegos é por pedimientos, é en todas cuantas maneras pudieran, con el Emperador é con cuantos en la corte eran; mas no pudo ahí acabar ninguna cosa; é facia ahí, otrosí, ella por ende muy gran duelo á maravilla.

## CAPITULO CXXXIV.

Del grito que dió el cisne, é cómo el caballero del Cisne se despidió del emperador Otto é de toda su corte, é de cómo le encomendó á su hija Ida que la casase é que le diese su tierra exentamente; é de cómo gelo prometió el Emperador.

En tanto que ellos así estaban haciendo tan fuerte é tan maravilloso sentimiento, dió el cisne otra voz muy grande además. E el duque de Bullon fué luego al Emperador corriendo é pediéndole merced por Dios que le dejase ir, é que le certificaba que si le allí mas detoviese, que allí caería muerto á sus piés. Mas que le rogaba mucho, si bien é merced le habia de hacer, que diese consejo é casamiento á su hija Ida; ca él le otorgaba allí ante él toda la tierra é la heredad que dél tenia; é que le otorgase, otrosí, que la pudiese ella haber quitamente despues de muerte de su madre. E todo esto le otorgó el Emperador ante cuantos ahí estaban, é aun que le faria mas merced. En cuanto ellos esto decían, dió otra voz muy grande é muy fiera el cisne, como en manera que estaba sañado. E luego el duque de Bullon fué corriendo á la puerta del palacio, donde tenia su caballo ensillado, é cabalgó en él, é mandó al escudero que tenia las armas que se fuese en pos dél cuanto pudiese. E él dejóse entonces ir al rio cuanto el caballo lo podia llevar, é el Emperador é cuantos ahí estaban cabalgaron

en pos dél por ver lo que faria. Mas el caballero del Cisne, luego que llegó al rio del Rin, descendió del caballo é tomó su espada é ciñóla, é despues tomó su lanza é su escudo, el que trajera primeramente, que ya era muy viejo é muy desfecho, de los muchos golpes é muy grandes que le dieran, é metiólo en el batel al cabo do él habia de ir; é despues salió fuera, é descendió la espada, é desnudó los paños que traía, é vistió otros tales como los que trujera primero, que los falló dentro en el batel que le trajera ahí el Cisne. E descendió la espada é santiguóse tres veces, é luego despidióse del Emperador é de cuantos ahí estaban, é encomendólos á Dios, é entró en su batel, é comenzó el cisne á nadar con él é á irse muy alegremente; así que, en poco de rato lo perdieron de vista, que nunca jamás dél pudieron saber parte.

## CAPITULO CXXXV.

Cómo el caballero del Cisne se fué en el batel, é cómo la duquesa Beatriz é Ida, su hija, se fueron para Bullon.

La hestoria cuenta que despues que el cisne hobo levado de aquella guisa el caballero de aquella tierra de Alemania, do él tantos bienes ficiera, en cómo mientras le vieron ir por el agua, que fueron todos mirándole por la ribera del rio; é cuando lo perdieron de vista fué el pesar tan grande, que no ha hombre que lo pudiese contar; ca todos comunmente lloraban por él, los grandes é los pequeños, é los sábios é los no entendidos, mas su mujer sobre todos; ca ella rompía los vestidos é los despedazaba, é rompía su rostro; así que, toda se desfiguraba é se desfacia por piezas, que sacaba pedazos de la carne é de las manos con los dientes, como cosa que rabiaba, que era fuera de su seso, é amortesciase muchas veces de guisa, que los mas que ahí estaban pensaban que era muerta. E mientras ella facia este duelo, el Emperador vino ahí que lloraba muy rēciamente por el caballero del Cisne, su buen vasallo é su buen amigo, que habia perdido, segun él lo muchas veces nombraba é todos los sus altos hombres que venian con él. E cuando llegó á aquel lugar do la dueña estaba, hobo della tan gran piedad, que se le dobló el pesar. Empero entendiendo que aquella tan gran pérdida que habian rescibido no la podían cobrar por llorar que ficiessen, fizó á la Duquesa cabalgar, é él mesmo tomó á Ida ante sí, é tornáronse para la cibdad de Nimeya; é cuando fueron ante el palacio del Emperador, á una plaza grande, do habia un pino muy hermoso, descendió él primeramente é fué á la Duquesa é tomóla en los brazos é descendióla otrosí; é por les facer mas merced, otorgóles á ella é á su hija toda la tierra que el caballero del Cisne tenia dél, demás de la que mandaba de parte della en el señorío del ducado de Bullon; é que la hobiesen libremente para siempre. E demás quitóles todas las cosas del derecho que él en todo habia, salvo la voz del señorío. E fizoles cobrar, otrosí, una gran parte de la otra tierra que habian perdido. E despues que todo esto hobo fecho, dióles de su haber muy grande é muy complidamente además. E desde ahí hoberon morado é folgado algunos dias con su madre la duquesa Catalina, que estaba en su monesterio,

abuela de Ida que era, é les hobo el Emperador fecho todas las honras del mundo que pudo, enviolas para Bullon muy honradamente, é él mesmo salió allá con ellas un dia, consejando é mandando á la Duquesa en cómo ficiese; é ellas ficiéronlo en todo así como les mandó. Mas mucho se recelaba la duquesa Beatriz de sus vasallos que le no ficiessen algun mal, porque les ficiera perder á su señor el caballero del Cisne, así como ya oistes.

## CAPITULO CXXXVI.

Agora deja la hestoria de fablar de todas estas cosas, é torna á contar de la áspera vida que facia la duquesa Beatriz.

Cuenta la hestoria que cuando la duquesa Beatriz fué tornada á Bullon con su hija Ida, é vió que su marido no podía cobrar por ninguna manera, comenzó á hacer una vida muy fuerte é muy áspera; así que, nunca fué hombre que la viesse reir ni hacer alegría por ninguna cosa que la acaesciese, ni nunca despues comió mas de una vez al dia, ni comía carne, ante comía el domingo é el martes é el juéves pescado, é los otros dias todos comia pan é agua, é traía vestido celicio muy áspero cabe las carnes, é encima paños negros ó pardillos; mucho era limosnera, é facia gran bien á hombres de religion, é vestia á pobres é consolaba á huérfanos é viudas, é facia de nuevo monesterios é iglesias, é todo lo mas del dia estaba en oracion, oyendo misas, é llorando é rogando á Dios por sus pecados; é lo mas todavía que le diese á su marido. Mas sobre todas las otras cosas, punaba en criar á su hija Ida, é fizola mostrar á leer á un capellan que habia, que era muy santo hombre é de muy buena vida, é él la mostró en muy poco tiempo aquello que á dueña convenia saber de leyenda, ca era mucho entendida é de muy sutil juicio. Desta guisa estuvo con la madre fasta que hobo trece años cumplidos, é fué tan grande, é tan hermosa, é tan complida de facciones é de todas las cosas que mujer lo podia ser, que todos cuantos la veían lo tenían por muy gran maravilla. E muchos honrados hombres gelo venieron á demandar para casar con ella; mas ella no la queria dar á ninguno, membrándose de lo que le dijiera el ángel la primera noche que el caballero del Cisne la hobo por mujer en la tienda del Emperador; é si tambien se le hobiese membrado lo que le dijiera su marido aquella noche, aun le toviera ella consigo, é non lo perdiera en la guisa que lo perdió; mas tal fué la su ventura, que no hobo memoria de aquello ni del cuerno de marfil que le dejó en guarda cuando se iba, que siempre lo hobiese en remembranza, que le mandó que gelo guardase muy limpiamente; lo que ell. olvidó en poco tiempo, como agora oirédes, que le perdió.

## CAPITULO CXXXVII.

Del gran miraglo que nuestro Señor fizó, é cómo perdió la duquesa Beatriz el cuerno de marfil del caballero del Cisne.

Ya oistes en cómo el caballero del Cisne se fué, é cómo se apoderó la Duquesa su mujer de toda su tierra; é esto fué por mandado del Emperador. Mas como quier que apoderada fué en la tierra, no lo era de los corazones de sus gentes, ante la querian muy mal, por

el caballero del Cisne, su buen señor, que les ficiera perder, é no sabia consejo que ficiese con ellos; é tan grande era el mesamor que le habian, que si no fuese por miedo del Emperador, ficieranle perder toda la tierra; ca tenian que, así como gelo ficieran perder, que así gelo faria cobrar si quisiese, é que fincaba por ella. Mas despues que vieron que no podian poner otro consejo, ni lo podian haber por ninguna manera, hobiéronse de avenir con ella, é obedescerla, é facer su mandado en todas cosas, como por señora; é ella, otrosí, por les facer amor é honra, convidábalos á las veces, é comian con ella en el su palacio mayor, allí do estaba el cuerno de marfil del caballero del Cisne, su marido, que le mandara que le guardase muy limpiamente; é ella no se le acordando aquello, posierálo con los otros que estaban allí para cuando fuesen sus hombres á caza. E en aquella casa no solian entrar sino muy pocos hombres é muy señalados; é allí solia tener el caballero del Cisne las grandes cortes, é acordar los grandes fechos con los de su tierra; é cuando se fué, mandó que la cerrasen é la toviessen muy limpia é muy guardada. Mas la Duquesa, por facer honra á los caballeros é aquellos hombres honrados que convidaba, queria que comiesen ahí con ella, donde acaesció así: que un día, bien á cabo de un año que el caballero del Cisne se fué, la Duquesa comia en aquel palacio con muchos caballeros é otros hombres honrados que convidara; é esto era muy tarde, porque ella estuviera oyendo pleitos é otras cosas muchas que tenia de librar. Mas cuando vino la hora del mediodía, que habian comido ya, un fuego muy grande é muy maravilloso se levantó á deshora, sin ponerlo hombre del mundo, é comenzó á arder tan fieramente, que ningún hombre non lo podia matar; é era tan grande la llama é el humo que facia, que ninguno de cuantos allí estaban no lo podieron sufrir, é comenzaron á salir dél lo mas ahína que pudieron. Mas tanto creció el fuego á deshora, que ninguna de cuantas cosas habia dentro no pudieron sacar. Los burgeses é la gente de la villa, cuando vieron que el palacio ardia, fueron todos allá por acorrerle; mas su acorro no les valió nada, ca tan fieramente era encendido de todas las partes, que no pudieron aprovechar, ante se arredraron todos afuera, é comenzaron á catar cómo ardia; ca la llama era tan fuerte, que la una salia por encima del techo, é la otra por la puerta é por las finiestras. En cuanto ellos así estaban mirando, vieron venir un cisne muy grande á maravilla volando por el aire, tan albo como una nieve. E cuando llegó al lugar del fuego voló tres veces derredor, é dió una muy gran voz, é cogió las alas, é dejóse meter por medio de la puerta del palacio, por do salia la llama mayor, é entró así, que sola una péñola no se le quemó, ni le embargó el fuego, ni le fizo ningún pesar en cosa; é tomó el cuerno de marfil con el pico por los colgaderos, é salió con él por medio de la puerta muy desembargadamente é sin ningún peligro, é comenzóse á alzar é ir volando así con él fasta que le perdieron de vista. Entonce todos los que estaban, conocieron que esto no podria ser sino muy gran fecho de Dios, é por algun yerro que facian contra su voluntad, é toviéronse todos ende por muy culpados, é hobiéronse todos ende

por muy gran pesar; mas sobre todos, á la Duquesa pesaba mucho, é lloraba é facia muy gran duelo, é se llamaba muy culpada, ca veia que por su culpa é por su yerro le veniera aquella tan gran desventura, é no por otra. Mucho hablaron ende todos los que lo vieron, é muy mayormente aquellos que vieron el fecho en cómo pasara, é sabian ende la verdad é la razon por que contesciera.

## CAPITULO CXXXVIII.

*Cómo la duquesa Beatriz mandó facer el palacio que ge habia ardidó, muy mas rico que ante era.*

Desde que el cisne hobe levado el cuerno, como ya oistes, todos los que estaban en derredor del palacio fueron maravillados; é mientra ellos estaban mirando el cisne qué facia, é en cómo se iba, entró el fuego á otro palacio que estaba ahí cerca, de guisa que se quemaron amos; mas la gran pérdida fué en el gran palacio, ca por dos mill marcos de oro no seria cobrado lo que ahí fué perdido. Mas despues que la Duquesa vió que no podia cobrar ninguna cosa por queja que ficiese, mandó enviar por carpinteros los mejores maestros que pudieron fallar, é fizo facer los palacios muy mas ricos é mas fermosos que ante eran; pero con todo eso, siempre tovo en su corazon grande pesar, porque creia que por su culpa le viniera aquello, porque no la obedeciera lo que su marido mandara. E esto le facia doblar su pesar todo, porque siempre se le olvidara aquello que su marido mas defendiera la primera noche que la hobiera por mujer, que le no demandase por su nombre ni dónde era natural, é ellanole ficiera, porque lo perdiera; lo otro, que le mandara que le guardase al cuerno de marfil muy honradamente en lugar muy limpio, é que en tan pocos dias se le olvidara; é por ende via que todos estos males é estos daños que le venieran por su culpa; é puso en su corazon de facer aun mas fuerte vida, é muy mas áspera de la que anta facia; así que, todos los que lo sabian se maravillaban cómo lo podia sufrir que no moriese.

## CAPITULO CXXXIX.

*De las grandes cortes que fizo el emperador Otto en la cibdad de Cambay, é de cómo vinieron ende muchos altos hombres, é la duquesa de Bullon é su fija.*

Ida, la fija del caballero del Cisne é de Beatriz, duquesa de Bullon, cuando vino á edad de catorce años, fué tan grande é tan fermosa de color é de todas buenas faciones que mujer debe haber, que en todo el mundo no podrian fallar en aquella sazón otra que se le igualase; é sin todo esto, era tan fermosa é tan paciente, é de tan buena habla, que de todas las tierras la venian á ver como por maravilla; bien así como cuando vienen á romería á ver alguna cosa que mucho codiciasen; é los mas de los honrados hombres de todas las tierras la demandaban para casar con ella, é prometian al Emperador muy grandes dones é muy grandes servicios por ella. Mas él les respondia que no la daria á ninguno sino á aquel con quien ella pluguiese, é á su madre; donde acaesció que en aquella mesma sazón el emperador Otto hacia ayunta de corte á una fiesta de

Pentecoste, en una villa que es en Flándes, que ha nombre Cambay; así que, no fincó ningún hombre honrado en Alemania ni en Francia que allí non viniese. E la duquesa de Bullon vino ahí, é trajo consigo la muy fermosa Ida, su fija, porque veia que era ya tiempo de ser casada, é queria que el Emperador le diese marido cual entendiese que le complia. A aquella corte que vos dijimos, vino el conde de Boloña, que habia nombre Eustacio, é trajo consigo dos hombres honrados de Boloña, que el uno habia nombre Guirarte de Gormay, é el otro el castellan de Gortabay, é otros caballeros, fasta sesenta ó mas, muy bien guisados de caballos, é de paños, é de armas, é de todas las otras cosas que habian menester para corte; así que, todo hombre que los viese, bien podria decir, é entenderia en ellos que eran compañía mucho apuesta é de muy honrado hombre; ca ninguna cosa no les fallencia de todo lo que caballeros debian tener. E tanto anduvieron por sus jornadas, fasta que llegaron á la ciudad de Cambay, do era el Emperador, aquel día de Pentecoste que vos ya dijimos. E el Emperador era ido á la iglesia á oír misa, é con él todos los honrados hombres de su imperio, que eran ahí ayuntados, é de otras muchas tierras é extrañas; é tan grandes caballerías é tan grandes compañías, que seria muy luenga cosa de contarlas.

## CAPITULO CXL.

*Cómo el conde Eustacio de Boloña pidió por merced al Emperador que le serviria la copa, é de cómo le prometió el Emperador todas las cosas que le demandase, é de cómo le demandó en casamiento á su sobrina Ida, fija del caballero del Cisne, é de la respuesta que le dió.*

Así como vos ya dijimos, el conde Eustacio de Boloña llegara aquel día á la corte del Emperador, con su compañía tan buena é tan bien apuesta como vistes, é todos los mas dellos tan fermosos é tan bien parescientes, que maravilla era, é todos muy mancebos, así que non habian aun barbas. E el conde Eustacio mesmo era tan mancebo, que no habia aun veinte y cinco años cumplidos, é era tan fermoso hombre, que todos lo venian ve como á maravilla. Aquel día dijo la gran misa un obispo de Quintaña; é cuando fué dicha, al Emperador, que se iba para su palacio, llegó el conde Eustacio de Boloña, de que ya oistes. E cuando vino al Emperador, fincó los hinojos ante él é besóle el pié; é el Emperador levantóse á él, é abrazóle, é dióle paz, é fizo con él muy gran alegría, é pagóse mucho de cómo venia tan apuestamente. E el Emperador queriase asentar á comer, é entonce pidióle merced, é rogóle que le ficiese honra en que quisiese ese día servirse dél á la mesa de la su copa de oro, en que él bebiese. El Emperador gelo otorgó muy de grado; é él supolo facer tan bien é tan apuestamente, que el Emperador fué muy pagado del su servicio, é todos cuantos ahí estaban se pagaron mucho, otrosí, de cuán apuestamente lo fizo. E cuando hobieron levantado las mesas, el Emperador le llamó é dijole así: que se tenia por muy pagado del servicio que aquel día habia fecho, é que habia voluntad de gelo galardonar, é que le prometia que toda cosa que él le demandase, que de dar fuese, que gela daria, é demandase lo que quisiese. E el Conde fué luego é besóle

el pié, é dióle gracias por la merced que le prometia. E despues levantóse en pié é dijole así: «Señor, mucho es grande el bien que me habeis prometido, é si vuestra voluntad es de me lo facer, segun prometido me lo habeis, en esto, Señor, la podeis mostrar: en que me deis por mujer la muy fermosa Ida, que fué fija del muy noble é muy maravilloso caballero del Cisne; ca tanto la oí loar de bondad é de fermosura, que mas amaria casar con ella que haber otra cosa que en el mundo dada serme pudiese. E porque sé que no la puedo haber sino por vos, pídoosla en galardón del bien que me prometistes. E la merced que me habeis de facer, Señor, en esto me la faced.» Cuando esto oyó el Emperador, dióle esta respuesta: que esto le otorgaba él muy de grado, placiendo á la doncella é á su madre; ca sin placer dellas no lo podia él mandar facer que bien estuviese. E luego fizo enviar por la duquesa Beatriz de Bullon, é ella vino luego, é levó su fija consigo; é el Emperador, cuando las vió ante sí, recibíolas muy bien. Desí dijo á la Duquesa de cómo el conde de Boloña demandaba á su fija por mujer, é qué cómo tenia ella por bien de facerlo. Cuando la Duquesa esto oyó, estuvo una gran pieza pensosa, membrándosele de lo que dijera el ángel la primera noche que la hobiera su marido, cómo su fija seria señora de Boloña; é por ende, desde que hobo pensado, tomó luego su fija por la mano, é presentóla al Emperador, é dijole así: «Señor, fasta aquí guardé yo esta doncella, mi fija, lo mejor que yo supe, para darla á vos que la casádes con quien vos tuviédes por bien; agora dósla, que la dédes, si vos pluguiere, por mujer al conde de Boloña en el nombre de Dios. E bien vos digo en verdad que desde la primera noche que yo conocí á su padre por marido, supe ciertamente que seria señora de Boloña; é pues que yo agora veo que es verdad, desde aquí dó yo la mi fija á vos, é la tierra toda á ella, del ducado de Bullon, por suya. E yo quiero tomar orden é meterme en aquel monesterio do mi madre, la duquesa Catalina, solia estar, pues me ha Dios amostrado ciertamente á ver cosa de lo que yo tanto en el mi corazon deseaba é cobdiciaba. E su madre era ya finada tiempo habia. Cuando esto oyó el Emperador, fué muy ledo, é levantóse luego en pié, é tomó á Ida, la muy fermosa, por la mano, é ante todos sus altos hombres dióla por mujer al conde de Boloña, é dióle con ella el ducado de Bullon; é él la recibió por mujer de mano del Emperador con el dicho ducado; é él dióle á ella por arras la villa de Boloña.

E desta guisa que habédes oido, fué desposada la muy fermosa Ida, fija del muy noble caballero del Cisne, con el conde de Boloña, é concertaron ante el Emperador cómo tomasen luego sus bendiciones; é despues fuéronse todos para sus posadas; é el Emperador é la Emperatriz les ficieron muy gran honra aquel día, amos á dos, é todos cuantos honrados hombres eran en la corte otrosí, é á la tarde los caballeros salieron, los unos á hofordar, é los otros á facer muchas otras cosas de caballería, apuestos é muy fermosos á gran maravilla; é estuvieron bien fasta en la noche, que el Emperador se tornó en su palacio, é fué á oír las visperas á la iglesia mayor, que dicen Santa María; é